



[[http://3.bp.blogspot.com/-qx-](http://3.bp.blogspot.com/-qx-FbmlPW2M/TdLw26IPmml/AAAAAAAAAVY/ERjWL81gwzQ/s1600/Tierra+Adentro+80.jpg)

[FbmlPW2M/TdLw26IPmml/AAAAAAAAAVY/ERjWL81gwzQ/s1600/Tierra+Adentro+80.jpg](http://3.bp.blogspot.com/-qx-FbmlPW2M/TdLw26IPmml/AAAAAAAAAVY/ERjWL81gwzQ/s1600/Tierra+Adentro+80.jpg)]

Revista Tierra Adentro número 80/ 1996

Confieso que su propuesta me extrañó; es más, llegó a inquietarme. A alguien como yo, que ha trabajado toda su vida manejando un taxi, podría decirse que ya nada puede sorprenderlo. He visto todo lo que alguien con imaginación no lograría pensar en toda su vida, pero esto que me propongo contar sí que es raro, y seguirá resultándome así hasta el fin de mis días.

Lo vi bajar la escalinata del templo con lentitud, yo hacía mi primer recorrido por las calles, esperando, como desde hace más de cincuenta años, que pronto me saliera un cliente, y así poder sacar el primer dinero para llenar el tanque de gasolina.

Iba mirando cómo los rayos del sol de la mañana llenaban las avenidas, cómo la gente salía de sus casas a trabajar, cómo las señoritas se habían vestido para sus jefes, y esto, que he hecho siempre, me traía la misma alegría, como si lo hiciera por vez primera. Iba inventando lo que cada uno era y realizaba: su oficio, su carácter, cómo eran su casa y su mujer, y si tenían hijos o amante...

Pero volvamos a la historia.

Lo vi bajar la escalinata, ya lo he dicho, llegar hasta la banqueta, levantar la mano para solicitar el servicio de cualquier taxi; por desgracia yo era el único que andaba por allí. Me estacioné y le abrí la puerta, es mi costumbre; siempre ha sido mi lema, desde que vi el refrancito en una tienda de abarrotes, que “el cliente es primero”, y así es, al menos para mí.

Abrió y saludé. Él entró sin responder. Miré por el espejo y pregunté a dónde quería que lo llevara. Pude ver que su mirada se alargaba hasta el templo de San Juan de Dios, de donde había salido hacía unos momentos.

—¿Cuánto me cobra por un viaje por la ciudad? —escuché su grave voz de cantante.

—¿Cómo? —dije sin entender.

—Deseo contratarlo por veinticuatro horas... —y me indicó el recorrido.

De pronto no supe qué contestar. Todavía sin entender, y con un poco de temor, saqué mis cuentas y le dije que tanto. Y sin más, aceptó. Del bolsillo sacó un manojo de billetes y me pagó.

—¿Viene a conocer la ciudad? —le pregunté tratando de ser amable, pero no hubo respuesta. Arranqué e iniciamos el viaje.

Fuimos primero al Mirador. Allí permanecemos por un tiempo. Se fue a parar, sujeto al barandal, frente al abismo de la barranca. Subía una densa neblina que no dejaba ver el fondo. Yo lo miraba de lejos; para no aburrirme (y no seguir pensando que mi pasajero era un ladrón o un asesino), encendí el radio.

Poco a poco, un sabroso sueño me invadió, sin darme cuenta me quedé dormido; soñé que era yo quien cantaba en la radio, y mi acompañante uno de los muchos que me escuchaban: pude sentir su mirada en mi cuerpo, de

pronto alguien me gritó para pedirme un autógrafo; no le hice caso, seguí cantando, vigilado por la mirada de mi pasajero. Sentí más fuerte su mirada, tan fuerte que me puse nervioso.

Desperté: los ojos de mi cliente, atrás del vidrio, se clavaban en mi rostro. Me asusté. Quise gritar; pero no lo hice, le abrí la puerta y subió. Sin esperar alguna palabra de su parte, me dirigí al siguiente punto.

Después tuvo una alegre ocurrencia: fuimos a disfrutar de un abundante desayuno. El hombre tenía clase; eligió, entre los restaurantes sugeridos, el mejor. Todos sus movimientos eran tan refinados que me provocó una gran satisfacción comer junto a él. Terminado el desayuno, fuimos a buscar una dirección.

Llegamos a una antigua casa al oriente de la ciudad. Allí estuvimos, dentro del taxi, por más de dos horas, como si esperaríamos a alguien, de la casa salió una elegante dama que tendría la edad de mi pasajero: unos setenta años bien llevados. Él la miró salir y yo, sin perder detalle y con discreción, lo miré por el espejo. Pude ver que su rostro se llenaba de algo que me pareció la tristeza más profunda. Luego, de entre sus ropas sacó unas hojas y comenzó a escribir lo que supuse era una carta. En seguida la dobló con cuidado y la metió en un sobre. Salió del auto y se dirigió a la casa; la metió por debajo de la puerta. Volvió; supe que nuestro recorrido debía continuar.

A las cinco de la tarde fuimos a comer. Otro festín. Más tarde, en el siguiente punto, me dirigió la palabra. Me pidió, en forma por demás suplicante, que le hiciera favor de acompañarlo.

Entramos a la cantina La Fuente. Ya sentados, en medio de un gran barullo, pidió al mesero una marca de vino que no hubo; sin embargo, como debe ser el servicio al cliente, alguien salió a traerla.

Allí bebimos. Él más que yo. Ya anocheciendo, un grupo de músicos tocó el piano y otros instrumentos. Él escuchaba con gran interés. Terminada la segunda botella, el pasajero se dirigió a los músicos y habló con ellos, les dio dinero y se sentó ante el piano. Al principio tocó unas bellas pero muy tristes melodías. Luego, atendiendo a su petición, los músicos lo acompañaron y cantó. Escuché unas extrañas canciones, bellamente cantadas. Recordé que al tomar mis servicios me había parecido que su voz era la de un cantante, la de un refinado cantante, y me alegró saber que no me había equivocado. Aún tengo en la memoria algunos versos de una de las canciones (que me hacen recordar mis estudios en el Seminario, que abandoné por falta de vocación):

De amor, Redusdebra, no nació.

De amor, Redusdebra, está encendida.

El amor de su amo acarició...

Los pronuncio y me lleno de escalofríos. Al cantar, mi pasajero dejaba una parte de su ser...

A las once en punto nos pidieron que abandonáramos La Fuente, a lo que él atendió sin decir nada. Yo ya no recordaba el siguiente punto de nuestro viaje y tuve la imprudencia de preguntar.

—A la Plaza de los Mariachis —dijo, y su voz no era la de alguien que había bebido tres botellas esa tarde.

Fuimos. Allí aconteció lo mismo. Tuvieron que ir a conseguir el vino que pedía.

De las once y media hasta las seis de la mañana no aconteció nada digno de recordar; quizás sólo cabría decir que bebió sin hablar y sin que todo lo bebido fuera suficiente para tumbarlo, como suele decirse. Pero olvidó algo de importancia, algo que traigo a mi mente y me lleno de un miedo terrible. A medio trago me lanzó una mirada —una mirada que nunca olvidaré, una mirada de lo más extraña y, permítase decirlo, de lo más terrorífica— y me dijo:

—Amigo, yo no sé quién es usted, ni usted sabe quién soy yo y eso está bien, es mejor, para usted y para mí. Sólo quiero decirle algo, una frase: Yo ahora me iré para siempre de aquí, y usted se quedará, y eso está bien. Lo felicito...

Terminó y se quedó callado. Su silencio, frío y cruel a la vez, me pareció el más profundo y hermético de que tengo memoria.

El pasajero bebió hasta mirar que ya no había nada en la botella. Se incorporó —invencible— y sacó otra vez su manojito de billetes. Dejó una fortuna como propina, y otra parte me dio a mí. No me miró al hacerlo. No dijo nada. Se dirigió al templo de San Juan de Dios y entró. Yo lo seguí, vigilando sus pasos, con temor de que fuera a caer; pero no, nunca he visto a un hombre más aguantador. Lo vi entrar al templo, repito, y esperé verlo salir para darle las gracias. Del templo recién abierto escuché algo que me pareció un disparo; instintivamente corrí hacia allá. Entré. Estaba tirado, lleno de sangre, al pie de un Cristo; en el corazón un gran hoyo que dejaba salir la sangre pestilente.

Adenda

Este cuento fue escrito en 1995, para un pequeño encuentro de amigos que sostuvimos en un evento público que titulamos "Nativos y extranjeros" (luego titulé un libro mío así, aún inédito), todos habíamos obtenido una beca y como la cultura oficial nos dejó al garete con nuestra obra (en el menor de los casos), decidimos escribir cada un texto (nuevo) que mantuviera un paisaje común. La ciudad de Guadalajara fue nuestro común destino. Se escribieron excelentes textos para esa ocasión, recuerdo, y algunos fueron a parar, después de la lectura, a las páginas de la revista *Tierra Adentro* en un número dedicado al Occidente de México. Fue en esas páginas donde, años más tarde, un incipiente

cineasta mexicano leyó el texto —supe después— y decidió hacer un cortometraje con una versión basada en el cuento “El pasajero” y con el mismo nombre.

En 2004 trabajaba yo en un diario tapatío y un compañero me comentó lo siguiente: “Ayer por la noche vi el final de un programa el Canal 22, pero como era el final no le puse atención, sino hasta que al regresar de un corte entrevistaron al realizador del corto y, me llamó la atención escuchar tu nombre. El cineasta, no supe su nombre, te anda buscando porque hizo su corto basado en un cuento tuyo y quiere localizarte para conocer más de tu trabajo...” Supe, entonces, que el cortometraje se había presentado el programa “Abrelatas”, pero nunca, en mucho tiempo, supe algo del joven realizador. Por años traté de localizar el nombre y, en esos años, pude entrevistar varias veces a su actor principal sin siquiera enterarme de que Jean Meyer, el historiador, había sido el protagonista.

Transcurridos siete años, buscando la letra de una canción popular en Sonora (“En un camión pasajero”), di con el cortometraje. El invierno pasado supe el nombre del cineasta, Matías Meyer, y que era hijo de Jean Meyer. Con emoción miré la producción y, acto seguido, traté de localizar a Matías Meyer. Nada. No lo encontré, sino hasta que gracias a un amigo tuve el correo de Jean Meyer y le escribí una carta. De inmediato tuve respuesta y, luego, ya pude escribirle a Matías, quien ahora se encuentra editando una película sobre los Cristeros. Matías se había dado a conocer con este trabajo y ganado premios en el Festival de Morelia (México), en Brasil y en Francia. En una carta acordamos vernos en cuento culminará su reciente trabajo. Yo localicé el texto en la revista y lo recuperé al transcribirlo: fue escrito cuando las computadoras o no existían para mí o no eran populares aún. Mi máquina de escribir fue la que me ayudó a redactar esta historia que surgió, por cierto, de un sueño vespertino en su totalidad y que fue un presagio para una historia real ocurrida un día después de haberlo yo terminado que algún vez contaré.

Por ahora comparto el cuento que, pese a los años transcurridos (dieciseis) me sigue pareciendo bueno. Al mismo tiempo coloco la dirección donde los posibles lectores podrían ver el cortometraje: <http://vimeo.com/4524091> [<http://vimeo.com/4524091>].

Aviso: Todos los textos publicados en Barcos de papel mantienen los **Derechos Reservados** por el autor

Publicado 18th May 2011 por [Víctor Manuel Pazarín](#)

Etiquetas: [Cuento](#)